

EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Génesis 14, 18-20): *Sacó pan y vino y lo bendijo.*

Salmo (109, 1b-4): *«Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec»*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Lucas 9, 11b-17): *Comieron y se saciaron.*

En medio de la dureza de la vida, tomamos el pan y celebramos la vida con todas las contradicciones, anhelos y temores que los humanos sentimos. En una tierra que se llama Salén, (Paz), Abrahán tiene que combatir para liberar a su familia. Como nosotros, todos debemos superar dificultades. **¡La vida, a veces, cansa!**

Lucha, esfuerzo, tarea significados en los símbolos de las tres lecturas de hoy. El pan, símbolo del esfuerzo de cada día, genuina expresión del trabajo, anhelo angustioso de quien tiene hambre, búsqueda simbólica de todos los humanos, necesitados y hambrientos de tantas cosas, es el signo que, sobre el altar, hace presentes a todos los que en la vida buscan energía para el camino, ánimo para el esfuerzo, alimento para la esperanza y aliento para el cansancio.

Pero el pan es el signo que Jesús eligió para expresar su cercanía solidaria con todos nosotros, hambrientos de perdón y esperanza, privilegiados por disfrutar su comida y seguros de vivir en la confianza del amor incansable del Padre. Cansados tantas veces, exhaustos de buscar un mundo más acorde a nuestras hambres o desorientados sin saber adónde ir. Este pan, tan significativo de nuestra propia vida, es el signo de Dios que se hace pan para llenar espacios interiores vacíos de sentido.

Nos une esta tradición ininterrumpida desde el comienzo. En una fe con muchos añadidos secundarios, esta es la celebración identitaria, la única que podemos llamar propiamente cristiana. La que tomando como referencia algo tan universal y humano como juntarse a comer, hizo de este gesto el acto religioso por excelencia. Allí donde los humanos nos reunimos, allí mismo y con el mismo material, tan vivo y tan humano, Dios se hace presente y se significa.

Dios es como el pan y es el pan. Buscado por todos los hambrientos de todas las hambres. Alimento que da ánimo y aliento en los itinerarios cansinos de una vida que exige mucha energía interior.

A lo largo de la Historia, multitud de caminantes como los del evangelio, se han encontrado con Él y se han visto saciados por la alegría de lo recibido. En el sencillo gesto de la Eucaristía y en el signo del pan compartido, seguimos encontrando a quien multiplica nuestra energía y nuestra vista. Porque en el pan no está solo la harina que el trigo nos ha elaborado, están los necesitados de un mundo que sigue batallando. Está Dios que se identifica con nosotros, nuestros esfuerzos y nuestras necesidades. Necesitamos limpiar los cristales con los que miramos la vida y penetrar en las honduras de todo. Allí están las sorpresas que desvelan la vida y dan fuerza para seguir.

La reflexión sobre el milagro de los panes se puede hacer a diferentes niveles y orientar nuestro pensamiento en diferentes direcciones. Se puede ver primero como signo, una prueba incontestable del poder sobrehumano de Jesús y de su amor, puestos ambos a disposición de los necesitados: **«me da pena de esta gente porque tienen hambre y pueden desfallecer por el camino»**.

Podemos establecer legítimo paralelismo con el maná del desierto sacando como conclusión la limitación del hombre necesitado y dependiente de la providencia amorosa de Dios. **¿Hay en el maná un preámbulo de eucaristía?** Los israelitas del desierto comieron de aquel pan y no murieron: **«El que come este pan vive para siempre»**. Con este pan de su cuerpo sigue alimentando Jesús en todo el mundo a miles y millones hambrientos de vida eterna a lo largo de las etapas del desierto de la vida.

Pero si la reflexión espiritual queda en contemplación gozosa, nos hacemos espectadores de un fenómeno que está reclamando además acción. Con gran sentido de solidaridad un joven puso los cinco panes que tenía a disposición de todos, los apóstoles pusieron sus personas y el Señor puso su poder: **“Todos comieron hasta saciarse y sobró comida”**.

«Dadles vosotros de comer». Vivimos en un mundo donde millones de seres humanos se acuestan sin cenar (mueren de hambre) y ante este hecho real nos sentimos, como los apóstoles, sin medios suficientes. En consecuencia, se puede optar falsamente por decisiones más fáciles y cómodas, desentenderse del problema y despachar a los hambrientos para que se busquen su vida.

El problema del pan y de “las mesas” es desde antiguo un problema de Iglesia. Y puesto que **«no sólo de pan vive el hombre»**, el problema se bifurca en la manera de dar de comer al cuerpo y al espíritu: al cuerpo organizando las mesas por medio de todas las instituciones benéficas; y al espíritu exponiendo adecuadamente la Palabra de Dios y completando las enseñanzas con la distribución del pan de vida de su cuerpo.